
ROSAMEL DEL VALLE

**EL JOVEN
OLVIDO**

N A S C I M E N T O

EL JOVEN OLVIDO

DEL AUTOR:

MIRADOR, poesía. Ediciones «Panorama», 1926.

PAIS BLANCO Y NEGRO, Ediciones «Ande», 1929.

POESIA, Ediciones «Intemperie», 1939.

ORFEO, poema. Ediciones «Intemperie», 1944.

LAS LLAVES INVISIBLES, relatos, Ediciones «Zig-Zag», 1946.

EL JOVEN OLVIDO, poesía. Nascimento, 1949.

R o s a m e l d e l V a l l e

E L J O V E N
O L V I D O

Ilustraciones de

ANDRÉ RACZ y
SUSANA MARDONES

N a s c i m e n t o

Santiago 1949 Chile

Es propiedad del autor
Inscripción N.º 12921

N.º 2457

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento
:: San Antonio 240 ::
Santiago de Chile. 1949

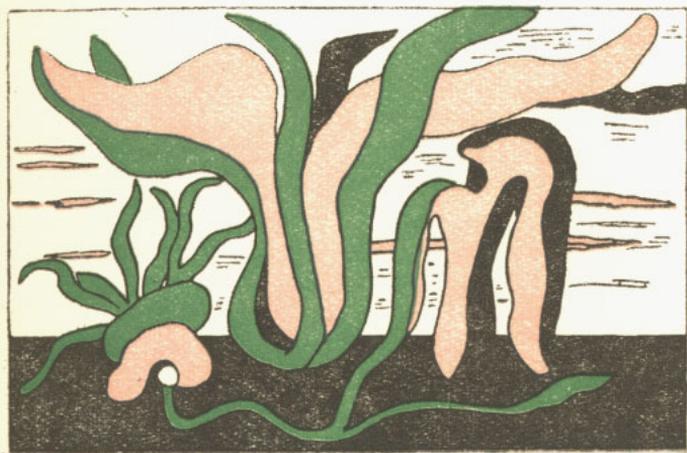


M. S. 10. 10. 49

A
THÉRÈSE DULAC

*«En lo profundo del seno de la tierra,
Lejos de donde la luz pueda hallarnos...».*

NOVALIS



ENTRADA DEL REINO

Me muevo y alguien se mueve detrás de mí.
Las sutiles corazas aprisionan un tiempo donde estoy
Entre almendros. La estatua es sabia a la luz.
Yo debía proteger lo que soy, aunque todas las cosas
Sabían hacerse notar. Aunque el sol toma entre sus
manos mis pasos.

El brillante alguien que teme salir por sostenerme.
Tu boca lo dice a la hierba por las tardes. ¿Has visto
Cómo entra la voz en la tierra? Es un paso leve.
Tal vez el de la piedra dejándose tocar por el tiempo.
El del polvo llamado por su propio nombre cuando el
cuerpo
Desciende con los bellos huesos a cuestras.

Entonces todo quiere cantar. Las nostalgias
Entierran sus muertos. Arbol del miedo
Que no sabe morir.
Se evocan viejas rocas a orillas del mar. Se ven

Barcos fantasmas. Las sirenas hacen ruido
Junto al lecho del sol profundo.
Lo que es una mujer en llamas. Una imagen
Muerta para mañana.

Teníamos una imagen. Teníamos dioses.
Les pedíamos sol y luna al mismo tiempo. Les pedía-
mos
Apoyo para seguir. ¿Nuestros hombros
Se derrumbaban al peso de la luz?
Ya nadie espera. Los pasos
Tienen su propia linterna y su propio pavor.
Nuestra imagen vive en un jardín. En una niebla
Que es la flor de todo el año.
Tal vez haya morados vitrales entre las hojas.
Un árbol donde el invierno deja sus plumas.
O el olvido a solas con su fuego en el césped.

Tú pasarás por esas naves.
Por esos caminos de ángeles sin ojos.
Por ese rocío que se levanta del pecho.
Por esa Verónica sin lámpara.
Con una luz junto a la piedra
Donde la tierra se va a abrir.

LA COPA TERRESTRE

Estás ahí, penumbra donde mi cuerpo desciende
A la caverna del ciego que cuenta sus huesos.
Estás ahí, ¿eres tú? Anciana cuidadora de las puertas.
Visión tatuada en los jardines que se apartan al verme.
¿Duermen los perros brillantes que lamían la noche?
No los oigo sentarse a la sombra, ni rechazar el sonido
Con que hila el tiempo el traje de los muertos.

Tu cuerpo cubre el césped rojo por el verano,
Ceñidas las rodillas con insectos y tijeras.
¿Han lavado los jardines? Solamente ha crecido la
bruma
Para cerrar las puertas, para cavar el sueño.

Han sido numerosos los huéspedes del otro invierno.
Desenterraban cánticos donde lucían arpas las hojas.
Bailaban tal vez y vaciaban la noche. Dormían tal vez

En pesada carrera detrás de los sueños. Y tú, y tú
Con las viejas llaves en el corazón,
Ibas y venías por la escala, por el tiempo,
Por las visiones ardientes.

Siempre allí, oh Anciana, cerca de los pies torcidos
del agua.

En lo vivo de mí aunque borroso. En lo mío sin mí.
¿Cómo me sostenías al borde de tanta luz? Las cosas
lo dicen.

Años y años en el recuerdo de las horas degolladas.
A veces limpiándote los días de la frente,
Rodeada de ángeles cansados de brillar.

Y campanas también. Campanas de vuelta de la noche,
Con pasto crecido entre los dientes.

Tú, debajo de los pasos nocturnos, debajo de las bocas
turbadas

De tanto cavar en la memoria. Tú, con las llaves.
¿Pasaban las bodas, los entierros, los ruidos de la feria?
¿Pasaban los bebedores, los sonámbulos, los cruci-
ficados?

Ellos son los dueños de la noche, los que gastan sus
monedas.

Sueñan con arpas al hombro, con la cabeza vacía.

Conversan con lo que va a venir, como el espejo con
las cosas,

Detrás de un secreto, de una frente que se mueve.
Alegres por desdichados sabores. O mirando pan
adentro.

Por ti se ahogan a veces las olas de la harina.
Ellos, a tu puerta, para oírte dormir. Para separar
la bruma

Que te rodea la cabeza si a lo lejos el mundo
Se deja devorar por las piedras de la noche.

Ellos y tú, oh mirada terrestre fija en el borde de mi
copa.

En la estatua del tiempo que me crece a la espalda
Tú ahí, despierta por ti misma, sola en un anillo.
Prendida a la niebla que desgarran las horas. El polvo
En la frente, cercada por muros y torres.

¿Hay una Navidad que dura
Más de un día en las campanas del corazón?

Entre tú y yo todo crece hundido y sin sabor.
¿Recuerdas los bebedores de los domingos? ¿Los an-
cianos que

Escarbaban el tiempo en la hierba? ¿Las voces y las
máscaras?

Ellos mismos eran el fuego. El día caído, la hora.
Todo podía pasar y cambiar. Mientras el Ángel de tu
puerta

Reparaba las naves nocturnas apartando con las manos el ruido.
He ahí el sueño sumergido en mi memoria. La imagen,
el tatuaje
Que nada podría borrar sobre la tierra.

¿Me oyes aún en las llamas? ¿Me oyes perecer en el árbol
Nacido para la muerte? Estoy detrás de ti. Te he oído
Cruzar el umbral, apartar la hierba y salir
A mi encuentro en la noche derrumbada.
Mi mano va a tu lado y hace ruido sin que la veas.
Sacude las plantas que se doblan.
Abre los ojos de las hojas.
Y sobre todo el calor de la muerte que eres. Nada
Puede permanecer de rodillas si pasas y si mi sombra
Te precede en el polvo derramado de las cosas.

Oh, muerte recomenzada. Ninguna vana luz, ninguna
piedra
Podría decir que la habitas. Pero la madre de la noche
Enreda tus vestidos en las llamas, mueve la humedad
Y te sienta a la orilla de los pozos donde me vi nacer.
Extraña imagen de ti misma y fuera de ti. Allí, allí
todavía
Donde los muertos remueven la tierra. Donde los ángeles
Cuidan de las hachas y las palas sin dormir.

Ellos están siempre despiertos y apartan la niebla.
Se oyen vivir y deshacerse. Y aman la tierra que cavan.
Cada hoyo es una puerta. Cada ser sumergido, un
viajero.

Ellos, ellos, la visión nocturna detrás de los árboles.

Nosotros somos el ruido, la vara movable, el barro.
El poco de barro que rechaza la voz. Huíd, huíd,
lámparas.

Huíd, escalas de oro por donde hay que descender.
Yo soy la visión, yo soy la tempestad, yo soy el fuego.
Abridme las puertas de par en par. Que se aparte la
noche.

Yo soy el que dice: «Primero brillarán los peces en
mi sien.

Primero rodarán las olas fuera del mar.

*Primero se anidará el tiempo debajo de mis ojos. Des-
pués*

Estaré al lado de los ángeles en exilio,

De rodillas sobre el agua. Solo

Entre las ovejas ardientes dormidas en la hierba.

En conversación con los signos, cantando tal vez

Y con la cabeza en cascada».

Lo que decían tus llaves.

¿Y tú, qué piedras cuidas

Entre la carne y los huesos, entre la frente y la ceniza?

VERÓNICA

Verónica, aquel lino hinchado al viento
De la faz en fatiga. Lo he vuelto a ver en las calles
De mi ciudad. Y no era el asombro ardiente ni la
prueba

Terrible y viva allí, en una red mágica, en una pesca
de la cabeza extraída. Ni era el abismo quien
miraba a los pescadores sin luz. Ni era la faz cre-
cida en el lino. La faz que tus manos extrajeron
del umbral solo de la muerte.

Lo he vuelto a ver. La corona iba algo borrada y los
ojos

Que la adoraban estaban lejos. Lejos, tal vez
En un altar y junto a lámparas votivas. Tal vez en un
sueño

De terror si no lo amaban demasiado. Verónica, aquel
lino

No era para la faz recogida por las hojas de higuera
De tus bellos dedos.

Y la multitud, húmeda aún, dos días después del diluvio.

Y los espantados profetas, los santos con aureola
Corrida hacia la espalda, cantaban. El canto lleno de
espinas,

El canto desposado con el cielo y la tierra. Y tú,
Tú, vestida, florecida dentro de la túnica blanca,
Aun llevabas las manos en el aire, aun sujetabas la red
Con la cabeza herida. Y el canto bienhechor abría el
paso

Al orgulloso muerto. O no, al bello resucitado de entre los vivos.

Mientras el cielo se teñía de árboles arrancados y el rayo

Daba frutos incomedibles.

Había un gran invierno en aquellas barbas ardientes.
Había un sol cortado en cada boca. Y cantaban.

Cantaban, sin duda, conducidos por la estrella mágica
Del amor a quien mataban allí, lejos de los olivos.
Paso a paso por la ciudad cuyos negocios habían cerrado

Ni más ni menos que los domingos. Aunque algunas
ventanas

Ostentaban coronas de mirto y voces reunidas para sufrir

Al paso del lúgubre cortejo. Y tú, sólo tú, con aquel lino
Sobre el corazón; con aquella prueba eterna, la única,

la linterna de piedra, la faz en sangre, la faz pinchada en el rosal, de pronto, atraída por la salvación y los perfumes rústicos.

¿Cómo no cerrar los oídos al canto? ¿Cómo ir entre las gentes

Hacia el suplicio, abandonada, ciega, sin el milagro esperado

Del Padre, sordo en el azul inmenso?

Y yo he estado allí, Verónica. Yo he seguido las gotas.
Del dolor que caía de tus párpados. He tañido el laúd
Por los muertos. He leído en el libro. He aspirado
El azufre hacia el Calvario. Detrás de ti. Mi corazón
Cortaba sus rosas en silencio y contaba uno a uno
Los truenos que vendrían, justamente a la hora
De la más profunda muerte.

Oh, yo sabía que tu frente quería volver a las catacumbas;

Al consuelo de las viejas piedras, a la humedad
Del fervor sin guardias. Allí donde los pobres creían
Y crecían, tal vez en un jardín subterráneo, entre
antorchas y cantos casi sordos cuyo eco buscaba
salida hacia el cielo para llevar hacia allá la flor
de la fe del corazón abierto.

Tú querías volver a la muerte. Tú querías
Olvidar el suplicio, latir de nuevo en la joven

Eternidad prometida. Regar el césped reseco del pecho. Cuidar de las luces con el aceite profundo de tu alma. Limpiar la entrada. Mirar a lo hondo de los ojos hermanos
Y poner hojas de higuera
A los pies de los viejos peregrinos,
Y tal vez besar de nuevo
La frente arrugada del leproso.

Oh, la faz iba oculta en un haz de leña
Conducido por un asno de la ciudad.
Tú eras esa faz. Tú no habrías negado con la soberbia
De aquel apóstol. Tú habrías levantado en alto
La herida terrestre, la congoja abandonada.
¿Qué era aquella eternidad en un lino? Un viento
De los olivos. Un viento solo, un viento con ojos de
quimera.
Allí, cerca del sepulcro. El viento que barre las tumbas.
Sí, tu cabellera que pudiera barrer los corazones,
Limpiar las hojas sucias y hasta parar ese llanto
Que nada rescataba.
Tú, a quien yo amaba a pesar de ese lino.
A pesar de ese amor a milagros. Tú, cuyas manos yo
veía
Brillar para siempre, cegar la boca que pudiera acercarse.
Tenías una lámpara en el corazón. Y yo lo sabía.

Ahora podemos hablar. Ahora puedo decir que el amor
Te llevó a rescatar el rostro herido. Querías
Guardar la imagen infeliz, tocar la eternidad abandonada.

¿Y entre quiénes iba? Aquellos que lo acompañaban
Mordían el amor y la fe. Seguían a un muerto distinto.
A un muerto sin mortaja, a un muerto que se iba
Con sus propios pasos al sepulcro. Una luz
Cortó tu voluntad, siguió tu mano. Sabías
Guiar la eternidad. Sabías que aquel lino era el soplo
Para resucitar tu alma simple, para hacer cierta es-
piga de la soledad abandonada. Y yo te veía son-
reír, sonreír hasta las lágrimas al ver allí la faz,
la faz que esperaba abrirse el cielo, desgranarse
el rayo, jaderar la tempestad. La faz del hijo solo,
gavilla entre los hombres y la soldadesca. Gavi-
lla o rastrojo terrestre para el amor terrestre. Ga-
villa del infierno para el terrible infierno. Y tus
lágrimas juntaban los ríos hacia el mar.

Con el tesoro sobre el pecho. La bandera, la eterna
bandera

Para tu corazón sin amor. La linterna viva en el viento
Que nadie veía. Sólo tú, sólo tú, la extraña,
Allí entre todos con aquella cabeza de pájaro ator-
mentado
En la mitad del vuelo.

Oh, qué hora tan sombría, Verónica. Tu alma esperaba
El ruido con que la gran presencia partiría el aire.

El arco iris de mil colores con el estómago negro
Por sobre los rayos y la tempestad desprendida.
Tú esperabas mostrar esa faz y salvarte. «No, yo no
puedo

*Perecer. No, el castigo no es para mis sienes. Mis manos
Lo retuvieron en el trance infeliz. Aquí está.*

Aquí está. ¿Cómo perecerá conmigo su faz?».

Tú me esperabas. Un aire suave salía de casa y miraba.

Miraba sin ver. Pero nada venía. Nada se abría.

Nuevas lanzas sembraban el costado. Nuevos llantos.

Nuevas dudas crecían como viejos tilos en el pecho

De los apóstoles heridos. Y a lo lejos, las cruces.

Los brazos abiertos. La colina sombría. Y nada venía.

Ni vendrá. Todo será cumplido. Y el látigo crecía

Semejante a ortigas. Y tú con la carga de luz.

Tú con el lino en el aire.

Y te vuelvo a ver en la brillante ciudad. Ahora hay
templos.

El oro brilla en las cúpulas. Los nuevos apóstoles

Van alegres al banquete, aunque visten de negro. El
cáliz

Es fresco vino. El pan es un manjar. Ninguna mujer

Envidia tu lino. Los órganos cantan lo que no se cantó.

Cantan a la muerte todavía. Hay que festejar. Sí,
festejar

La buena caída, el trance terrible.

Y he ahí que en los muros de las catedrales
Crece el musgo. Crece la muerte. Crece el olvidado.
Y tú no estás. Tú no estás como entonces. Vas vestida de soirée.

Vas al baile de máscaras. Desciendes del Packard 1945.
Vas enguantada y con un sombrero de flores. Un joven apóstol

Te da el brazo. Los mendigos creen reconocerte y les tiembla

La mano sin monedas. Los pobres creen verte de nuevo
Cuando cruzas el pórtico y pisas fuerte en la nave.
Ahí estás, arrodillada. Casi feliz de orar sin esfuerzo.
Los cirios son eléctricos. Las alfombras no admitirían los pies enlodados de los creyentes de las catacumbas. Pedro viste un Palm Beach. Santiago luce su frac. Pablo da quehacer al sastre debido a su obesidad. Judas va al Estadio y no confiesa los domingos. Mateo siente horror por las visiones.

Y tu joven apóstol bosteza. No eres muy bella cuando finges.

El te prefiere en el lecho. Ardiente y abandonada.

Verónica, aquel lino.

Yo te veo desde afuera. Yo no entro allí.

Yo tengo el corazón puro, aunque esa eternidad lo enturbia.

No puedo adorar al dios perdido.
No puedo estar junto a aquella gente
Que vió el Calvario.
Pero tú eres el amor. ¿Qué será de aquel lino?
El mundo está de fiesta. Se adora al asesinado.
Se adora la muerte terrible.
No. Yo quiero vivir. Tú quieres vivir.
Y bien, yo me acuerdo de aquel lino.
Pero te veré esta noche.
Esta noche cuando el joven apóstol
Te abandone en el lecho
Para ir a orar
Al Huerto de los Olivos.

DEL LIBRO DE LOS SUEÑOS

En extraña compañía de Daniel, un día,
Así, un día de viajeros. El joven mago
Alojaba en la taberna. El viejo caldeo
En Park Hotel. Tú dirás, tú dirás. Tú que sigues los
astros.

Tú que estás inclinada hacia una noche de vidrio.
Si allí no hay higueras, tú dirás. Si allí
No está el sueño junto, el hombre junto, la tierra junta,
Tú lo dirás, hija proscripta. Amor mío, tú lo dirás.
¿Es posible? Un huésped tiene tu pecho. El otro, tus
sueños.

Uno te lleva al jardín levantado, al agua que lee en
las manos.

El otro a lo que no eres cuando estás en un baile.
En una reunión de señoras a quienes les hablas de
no hablar.

De no hablar, sí, por supuesto. Sino de abrir las ven-
tan-
anas
Del cuerpo a la primavera. De abrir los cofres. Los
cofres
Que el baño no limpia. Ahí estaría bien el hombre.

El cuerpo es la luz que anda. Lo que va dentro, sueño.
Un astro solo para el día de los muertos.
¿Cómo no verte junto a Daniel? ¿Junto
A los leones de la noche?
Somos los seguidos, tú lo sabes. Nos siguen. Al fondo
Alguien limpia las pisadas. Alguien lava las luces
Que hemos perdido. ¿Cómo no verte atravesar las
puertas
Donde duermen las cosas conseguidas?
Pero tú vas a una cita. Una verja. Un huerto. El jar-
dinero
Dormita junto a un hoyo sin rosas.
El césped murmura para ti. La línea del corazón.
Sombrío monte de Marte. No lo ignoras, estás
Rodeada de la vida. De la muerte. Hay que tener pa-
ciencia.
Los leones de Daniel. Lo que dice Daniel.
Ya verás. Ya verás.

Más tarde, más tarde las campanas tocan hacia el
Oeste,
Encima del matorral. Eso es. La luna del matorral.
Siempre buscar. Buscar lo que nos sigue. Buscar

Donde nada hay que buscar. Tú lo sabes. Siempre
buscar.

¿No se cansa el jardinero de enterrar sus rosas?
Su sueño es la linterna que lo anima.
Lo anima desde sus manos, no lo ignoras,
Hacia el fondo de la tierra donde llaman
Sin que nadie responda.

¿Estarás allí? Nos siguen, amor. Nos siguen. Lo dicen
Las hojas solas. La hierba crecida. Un buen día
Todo está ahí, presente. Estás tú. Estoy yo. Y
Lo que la noche esconde en el oído.
Luego no hay más que ver y oír. El corazón
Viaja solo dentro del cuerpo. Tú eres la viajera,
la viajera más sola de la hierba. Amas y eres amada.
Abelardo y Eloísa. Amas y eres coronada
Con el ruido más hondo, con la estrella más ciega.
Amas y eres amada. Amas y eres amada. ¿Cómo
Se abrió la noche para seguir?

Los años son la estatua del amor. Brilla detrás de ti.
Estamos allí y Daniel nos ve. Tú dirás tu canción.
El dirá qué creció para el año que viene.
Yo debería decir mi palabra. Pero, tú sabes, yo sueño.
Tú dirás tu bella canción. Yo perderé mi bello sueño
¿Hay que adorar? Amas y eres amada. Ningún rayo,
ningún libro
Dirá lo que no diga
Tu amor.

MUERTE DE UN HOMBRE LLAMADO NARCISO

Se han ido los magos y el lecho está solo
Bajo el océano del jardín.
Allí donde el agua corre debajo de las liebres.
Allí donde la ilusión tañe el laúd.
Su boca espera despertar entre los escombros
De un sol que acaba de irse con las alas cortadas.
Aquellos que tomaban en las manos el crepúsculo
Se fueron coronados de ramas doradas, con las manos
puestas en el viejo libro de las alucinaciones.
Henchidos de las imágenes que hacía pasar el
brillo de su rostro en el jardín.
He ahí la hora de la noche, bienvenida.
Bienvenido el carruaje arrastrado por lobos
Cuya piel es la flor de la parábola errante.
Detrás de las ruedas florecen chispas mágicas.
El reino nocturno desata las campanas
Perdidas alguna vez en el fondo del mar.

Bienvenido el sueño que lo hace viajar
Con las llamas de la quimera no lejos de la frente.
En el umbral que es y no es el fuego
Con que se cubre la soledad recién nacida.
Ahora que empieza a llamar a lo lejos
La cabellera del Apocalipsis.
Para reconocer el viento en el almendro
Que es y no es el sonido del laúd
Enredado en los dedos de la muerte.

Doble imagen, cuerpo en flor dormido debajo de una
estrella.
Oh el placer del joven alquimista dormido.
Tiene la vara ardiente en una mano y en la otra
El corazón vuelto hacia la tempestad.
Con la vibración de las palabras cansadas de salir,
Con la diabólica faz del ángel de la espada de fuego
En la puerta con dragones del Paraíso.
En la jubilosa soledad del león y del tigre.
Devorado poco a poco en el huso del tiempo, en el
suplicio
De quien sembraba en el agua de sí mismo.

Detrás de los ojos entreabiertos
Gime el amor con abejas en los cabellos.
La visión errante por las arenas solas
Del joven monstruo abatido.
Llamado por el viento el *Bien Amado*.

A su paso todo mira hacia donde
Nace el sol y el collar que le suena al brillar.
Amor del sin amor al descender las escalas,
Las escalas de la frente sin fin.
Bien amado, llamado el ángel bello. En la bienvenida
noche

Llamará y no se verá. El agua es un muro.
Confundido está el pétreo rostro
Debajo del sol de un reino perdido.
Cuerpo lavado por diabólicas leches
Y bien amado sin amor. El agua
Se vacía junto al lecho de las horas. Se desprenden
Una a una de los almendros, de los espejos
Que adoraba en el soplo terrestre.
Y si en las llamas del laúd muere su imagen,
He ahí las bellas cuerdas del sol enredado.

¿Esas nubes que salen de los pies de las mujeres?
Tal vez la bella maldición de las bocas. Algunas
Guirnaldas tejidas por dedos ciegos.
Algunas coronas del infierno para las sienes abiertas.
Algunas lágrimas en la fuente sin la cabeza del Baus-
tista.

¿Por qué ese brillo inútil de dios bello?
Vírgenes en sollozos, vueltas hacia atrás.
El terror por el cuerpo que pudo ser agua,
La caricia que pudo ser la aguja de la muerte.
Campanas de otra parte, de otras torres, de otros
cielos.

O cántico nupcial junto a las fuentes
Del corazón vaciado de la noche.

Agonía cruzada por demonios familiares.
Celeste nostalgia con que el joven mago
Se oye dormir para el día siguiente.

Las guirnaldas nocturnas florecen de regreso para
cubrir la herida reseca, el hueco sin resplandor
donde el cuerpo apaga las lámparas al compás
de la danza de los granos de la tierra en descenso
a causa del alud de la muerte.

¿Se verá dormir—oh dioses de la bella humedad—
en el seno de la fuente terrestre? ¿Se oirá son-
reír y correr a su propio encuentro entre los ro-
sales oscuros?

¿Se alabará el párpado agrietado?
¿La pupila en áspera eternidad?

Las mágicas llamas se abren junto al joven sin luz
Las llamas del último mundo.
El lecho rodeado de palomas y de ratas.
El corazón ataviado de oscuros talismanes.
La boca en la raíz de los más solos no me olvides.
Los ojos arrodillados a la entrada sin luz del laberinto.
El cuerpo de asombro en asombro
Sobre los peldaños de la hierba reseca
Donde el sol le dice adiós.

Oh extranjero de paso. Las campanas errantes entregan la noche total y los jardines levantan altos muros para mecerlo. Cantan al joven sonriente. A la ilusión degollada. Al no nacido de madre. Al que hacía alejarse las flores flotantes para oírse decir en el agua:

*«He aquí la delicia de verme pasar, seguido
De mí mismo hasta la muerte».*

Seguido, rostro áureo. Seguido y devorado en ti mismo.

Seguido, lejano, con el imán ardiente en alto
Entre los ojos líquidos de la tierra.

¿Nadie sollozará con arpa obscura a la espalda?

¿La mano de alguna moribunda lo seguirá

De rodillas en la arena lejana?

Sí, el mundo era el reino abandonado.

Y él, dios de ese reino.

Porque donde está el hombre está la muerte.

Sonad, sonad campanas.

Abandona la fuente

El huésped eterno.

Venido de lunas coronadas

Y sol complacido.

Pudo brillar y morir

En nuestros cuerpos.

Verse, al fin,

En nuestras bocas.

Pero iba de prisa

El ángel soberbio.

La muerte ha movido el puente levadizo
De las puertas del reino.
Las fuentes han bajado los párpados
En la hoguera del último mundo.
El tiempo cuenta las monedas de las horas
Que vendrán sobre el polvo.
¿Se oye ya el sol que estira los dedos
Detrás del joven muerto?
¿Empieza a florecer la nostalgia en el jardín?
¿Hay un día abierto para llorar lo ausente?
Pero el hombre ha cerrado el sepulcro y ha arrojado
las llaves sobre la cabeza todavía asomada a la
tierra.

AMOR PUBLICO

Entre el agua y el aire
Pasabas con un nido en la frente.
Más suave que los ojos, más profunda que la boca,
Con la palabra *amor* vuelta hacia el verano.
Por ti vivo en el recuerdo
De un pozo con un alelí en el centro.
Por ti los años venían a hablar con el espejo
De cejas profundas.
Había un rostro vivo por ti en el recuerdo de una primavera que no le pertenecía y que pasaba en un coche tirado por lámparas.

Un rostro nunca visto.
Un rostro agrietado por la luz de un jardín.
Oh faz ciega a quien he hablado en el muro
De una catedral donde no estuve.
Como los rostros amarillos o lilas que miran
Hacia un reino perdido.

Un tiempo con flores de durazno.
Un tiempo de entierros.
Los féretros florecían en la calle y eran arrastrados
por caballos de crines amarillas.
¿Quién podría decir que no se lloraba detrás,
Que no se lloraba como en una lluvia en un jardín?

Sí. Y en el recuerdo había carruajes
Con caras otoñales.
Carruajes con amores heridos en el amor por el amor
De la muerte.
El amor de las lilas era el desamor. Algunas
Lágrimas lavaban las calles
A causa de cualquier nombre.

Se vivía detrás de esos duelos
Y había que esperar para reír.
Todo se vuelve tan confuso de pronto.
Tanta puerta abre la boca.
Tanta vida olvida andar para la muerte.

Después, sí, después por ti vivo a miradas
En una estatua de color donde las cosas
Empezaran a moverse.
Sé hacia donde van, sé que abandonan la danza.
Un sol retardado las invita a pasar.
A quitarse el polvo donde brillan
Los cabellos del tiempo.

Una música donde vas sin moverte hacia un baile.
Hacia una sala fría con un frío sol donde duermen
Los amarillos amantes de las morgues.
Por ti están enlazados y quisieran verte.
Quisieran saber que los miras desde algo semejante
a la vida. Por ti se alejan al través de tus ojos y
quizás si arrastrados por lámparas en una noche
sola y con un alení en la boca.

Por ti van hacia un cántico,
Hacia un sol de piedra.
Y por ti vivo. Con tu palabra que es la corona
Cruzada sobre las manos en el pecho de los muertos.
En un lugar donde el sol duerme todavía
Un sueño brillante y desgano.
Allí recoges los rayos.
Allí donde me esperas.

Alguna vez vi allí tu rostro.
Alguna vez pasó tu mano por detrás de mi mano.

Quizás sea lo que retorna
Desde nosotros mismos.
Quizás sea la sed que dejamos partir,
El rostro que perdimos en una noche sin puertas.
¿Has visto cómo se derrumban las cosas
Que dejamos atrás? Por ti pienso
En una campana sonando entre tú y yo.

Por ti siento que no son mías estas palabras.
Que no son mías porque estaban solas
En el rocío de un jardín público.
Junto a un mendigo y a una prostituta,
Por donde se cruzaron los carruajes
De una boda y de un entierro.
En un jardín público, ya lo ves.
Palabras para un extraño canto
De amor.
 Por ti.

LA FIESTA DEL MAGO

Tú estabas allí. Volvía del baile el rey de bastos,
Seguido de jóvenes con guirnaldas.
A la hora en que la noche usa linterna
Para salir de sí misma.
La estrella, la dama sola, la dama del amor
Se deja conducir por vías enguantadas.
Por salones y galerías donde la hora es el sol
Y la dama de espadas recuerda al hijo ahorcado.
Tal vez en el árbol que aún adoran los mendigos.
El sol y la dama de espadas. Hay que abrir paso
A la boda. Los ojos de la tarde estuvieron en el lecho.
Hicieron florecer los talismanes. El perfume
Invadió el corazón. Se iba y se venía.
Las cosas, primero. Tú sabes.
La linterna de la noche era un meteoro.
Las copas comunicaban
La muerte, la vida. La vida, la muerte.

Oh las rondas de verdes demonios en la cabellera
De la dama de espadas,
Dorada en el carruaje que corría sin caballos.
Con una mano afuera, absorta.
Ahí donde el héroe ahorcado pendía
Con los ojos vueltos
Hacia la tierra prometida.
Tú tenías una carta en la frente. Se leía
Claramente el destino. Se soñaba con los tilos
Que refrescan la verja de la morgue.
Se tocaba el imán feliz. El imán con que se va
Y no se vuelve.

Oh cruzar esos jardines en cuyo umbral
Los soles dejan de dormir. Donde la boca
Arde con la palabra que no debe salir.
Prohibido tocar de repente en el hombro.
Tú lo sabías. Y con las palabras
Hacías una corona para el otoño siguiente.
El tiempo que vendría a turbar
Lo que debía irse.
Ese tiempo con un rosal a la espalda,
Estaba ahí presente.
Viajero anticipado, solo. Nadie lo vió venir.
Aunque florecían las amapolas hacia el Oeste,
Hacia la torre imantada.
«Tal vez no haya que hacer caso
de los augurios.
De todos modos la dama de espadas no sale de noche.

La torre imantada la hechiza. El amor y el recuerdo.
El amor que surge en el pecho sin armadura
De una joven de 1910. Ah, sí.
En una boda también. La torre habla
Sin parar la lengua. Se desvía. Donde
arde la dicha, anida la desgracia».
Y así aparece de nuevo
El joven ahorcado.

En aquel tiempo tú amabas a *Madame Butterfly*.
El dúo de las flores. Tenías en el corazón un jardín.
Eso sucede si se abre el pecho al destino.
Si se va ciegamente.
Si la boca teme a la palabra que conoce
Lo que dicen las abejas del infierno.
Ese arcano abandonado.
El mendigo disfrazado de pastor.
De calle en calle, de abismo en abismo
Tomado de la noche. El ángel de la guarda. El cántico
lejano. Podrías creer en alguien que lleva una
campana en medio de la frente. En alguien de
regreso desde cierta espesura con una estrella de-
bajo de la lengua.
Eso sucede si el corazón está de gala.
Si las cartas arden. Si los líquidos hierven.
Si las redomas toman la forma del corazón.
Si los árboles brillan
Para los ahorcados que vendrán.
Si la noche está echada junto a mí
Bajo el tercer cerezo del año.

Entre la estrella y el hombre hay un desierto.
Hacia ella se irá. Las caravanas imitan a las hormigas.
Llevan copas de oro a cuestras. El viento
Entra y sale de los túneles para inventar la música.
Pero de las redomas salen los ángeles
De cejas brillantes.

Te dejarás seducir por las hojas
De la higuera estéril.
Sabrás que el tiempo recoge
Los otoños en un cesto.
Oirás que el amor recorre
Los cielos del cuerpo.
Sobre una rueda de diez rayos,
Allí donde el mar recoge olas
En una red que es tu boca.
En un vaso que es la leche
Del sueño en que te alejas.

Que te llamen sol y no puedan mirarte.
En la rueda va enredado el huso de las parcas.
Serás y no serás. Por el mar viene un navío
Con el viento en alto.
Quien toque el anillo de los hados
Perecerá. Oh, dama de espadas. Te espero.
La redoma del año pasado dará frutos este año
Tú lo sabes. Hay que ir.
Irás. Hay un imán perdido en tu rostro.

El ayer del día siguiente.
El lejano mañana de la muerte.
Irás. En ti escribe
La mano petrificada.

Alegoría del amor. Hay que abrir la copa sellada.
Los brazos que te ciñeron la otra primavera
Regresan este invierno. La carta perdida
No es la del destino. Tú lo sabes.
Hay que amar. Hay que amar la estrella sola
Entre la tempestad.
Tú eres la mujer que duerme
Entre los bastos y las dalias.
Tú estás detenida bajo el árbol
De la dama de espadas.

Tú ves meditar al niño en la casa de José.
Tú sujetas con un hilo invisible la estrella de los magos.
Tú tocas el cuerpo de Job el ceniciento.
Tú partes el pan en la mesa del mendigo.
Tú vienes entre los torbellinos olvidados.
Tú hablas hacia los murmullos de la arena en los de-
siertos.
Tú miras la estrella errante de los mundos.
Tú pasas la mano por el corazón de la llama.
Tú hechizas el umbral del infierno.
Tú secas los sollozos de la dama de espadas.
Tú tienes a un hombre con una estrella en la mano.

En el cielo abandonado de tu cuerpo.
Tú eres el libro de profecías del amor.
Tú serás el más bello trébol
Del más profundo amor.

Tú estabas allí y yo no estaba.
Y estaba florida la jaula de los leones.
Había que descifrar los sueños del joven rey de basto
Después del baile de bodas.
Había que arriesgar la obscuridad de los líquidos,
Padres de las llamas.
Había que esperar ese cielo que todos habían soñado.
Había que ver la apoteosis
De ese dios que habías perdido.
Y como nadie turbaba la armonía mágica de la tierra,
Había que despertar a grandes soplos a la muerte.

Delante de ti,
Más bella que la vida.
Y mucho más muerte
Que el amor.

EL SEPTIMO DIA

Oh, sabio poeta del Cantar de los Cantares, visítame.
Aquí vivo asomado a la vasta ventana de mi tierra
Y de mi amor. Como en el tiempo antiguo
Mi amor es una imagen. A veces
Una visión debajo de un árbol.
Desprende hojas y habla. El mundo
Está a su lado, gira y la oye.
Yo duermo detrás de ella, y la veo.
Tú vienes junto a tu reino, y cantas.

Canto, cantar. El verano
Viaja en completo descuido.
En cada cosa están los sueños de todos y de nadie.
Hay quien recoge el aire libre. Estás atraído
Por la ciudad de ardientes collares.
Tienes un amor que anda, una mujer que aparece y
desaparece.
Y hay quien se detiene en el Jardín Mercurio
Donde viven agónicas las fucsias.

Y hay quien entra a una tienda y gusta sentirse tocado
Por un duro olor a tiza y aguarrás.

Y hay quien conversa en la Caja con la reina,
Siempre preocupada con las monedas del verano.

«Sí, exactamente, gracias». Y la campanilla
Despierta a cada vuelta de la manivela.

«Es barato, barato. Sólo que nos falta dinero.
Compraría todo. Compraría sus ojos. Tal vez una
mirada.

Le compraría una mano y me la llevaría para poner-
la en agua».

Se cantaba a una reina en un palacio de oro.

Y el verano me traía ese recuerdo.

Era una hoja más

Bajo el cielo ardiente.

Tú seguías la historia de las hojas nuevas.

Las cosas verdes que caminan

Arbol arriba, viento arriba.

En la sed de los camellos en el desierto.

Reloj arriba. Las jóvenes horas del reloj del Telégrafo.

La hora de la vida. La hora del té. La hora

Del amor. La hora de la muerte.

Las tres parcas de paseo, sin husos, bien peinadas.

«*Madame Rita, permanentes*».

El viento le descifra el porvenir a las arenas.

Una buena matinée al aire libre.

Más tarde, un poco más tarde,

El Orfeón Militar.

Me quedaría. Es curioso. Se puede oír

la *Marcha Turca* de Beethoven. Luciente. Sí, luciente.

Hay que esperar. Madame espera. El tiempo espera.

Somos las tres Parcas.

El tiempo y las horas. Podemos

Recordar horas amarillas.

Las del viejo reloj del Mercado con sus muertes.

Las de la Estación Central, cuando partes.

Dan el adiós a las seis. Y el regreso, cuando

El corazón te vuelve a ver.

Y las horas angélicas. Las horas de luz terrible

En las torres de San Ignacio. Hieren

El alma abandonada.

Y las horas que buscas en vano.

Las horas agónicas

Del viejo San Francisco.

Yo levanto en alto mi ciudad, para ti.

Y tú hilas bajo las hojas lilas.

Buscas mi pensamiento entre las ramas.

Lo que nos acerca, nos separa. Hay que cruzar

Desiertos de acacias. Acacias,

¿Comprendes? con racimos nevados. Es
El perfume para las abejas.
Para las abejas que duermen en mi corazón.
¿Recuerdas? Hay que ir a esa calle.
Está en un lugar donde el sol es más delgado.
Pero las acacias se encienden. Es un fuego blanco.
El amor lo conoce. Y se pasa bajo ellas, contigo.
Amar, amar como antes. Como en el Cantar.
Bajo las acacias.

Los husos giran en ti.
En una lejanía, en mí.
Tú, joven olvido a quien
Llamarían muerte.

FESTIVAL DE LOS BELLOS SUEÑOS

¿Dónde estuve tan largo tiempo? Recuerdo
Las máscaras de piedra de un cielo profundo.
Las dobles escalas que daban a un país
Bellamente deshabitado.

Tú me seguías. El cuerpo sin alas me seguía.
El polvo seguía al viento. La huérfana noche
Al sol enriquecido. Una lámpara de tres colores
A la tempestad. Los frutos a la flor.
El diamante seguía a la espiga. El hombre
Se pasaba la vida seguido de la muerte.

Ahí se levanta el templo que tú ves y que yo no veo.
Se baja hacia las naves por tiempos silenciosos.
Por sueños prendidos en el aire.
Por arenas que regresan cantando del mar.
Por escalas sin fin.

Viaje de quien oyó
Dormir a la vida, tejer a la muerte.
¿Deja huellas el cuerpo? ¿La frente es un sonido?
Allí me hice un fuego con los ojos de la noche.
Un brillante féretro con mis propias palabras.
Algo que decían arpas sumergidas.

Un laúd parecido a un mirto.
Las arpas movían las horas. Todo era posible
En el canto de los muertos.
Somos escalas nocturnas. Por nosotros desciende
Quien nos sigue, quien se adelanta a veces.
Vamos a la boda fastuosa y al nacimiento horrendo
Debajo de llamas en flor. Tú lo has visto,
Oh, corazón solo en un jardín.
Míos eran esos cielos, esos soles de gala.
Tú crecías en mi hombro. Había llegado
La primavera. El tiempo pasaba y saludaba.
La tierra sabía coronarse con nardos,
Con estrellas, quizás con peonías.
Las horas abandonaban con gozo las campanas.
Los husos hacían un ruido de liebres
Entre las manos de las muertes en descanso.

¿Recuerdas? El día colgaba guirnaldas. Los queha-
ceres

Se hacían con cantos. Se amaba. Y el amor
Jugaba con meteoros debajo de los árboles.
Estuve allí, tú lo sabes. Un cuerno de caza
Resonaba en el bosque.

Un desierto

Partía de una higuera incendiada.
Era un llamado. Y yo fui. ¿Sabes cómo
La tempestad pasa conducida hacia el mar?
¿Sabes cómo el sol cae de golpe en el bolsón de los cie-
gos?

Oh, yo podría hacerte soñar bellos sueños.
Bellos sueños parecidos
A la muerte.

RETORNO AL OLVIDO

Un ángel de negros dientes canta afuera, en el jardín.
Un diente es el árbol de la noche.
Tal vez un saco lleno de campanas.
Una boca con imágenes.
Un viajero que desea cavar con pala de fuego.
Cavar con un diente.
Detrás de mí, en la tierra ocupada por la noche.

El ruido crece en el jardín, en un hoyo.
El ruido aprende a conocer las cosas.
Una persona que habla hacia abajo, hacia un oído.
Con un placer de piedra buscada,
Con una angustia de pájaro entre abejas.
Con un color de escalas para que bajen los muertos.
El ruido crece en un hoyo
En el jardín.

La voz es una pequeña voz debajo de todo.
Tal vez alguien escucha debajo en el frío.
Tal vez alguien mira su vida junto a una lámpara.
Tal vez alguien diga:
Las campanas dan el año en que los cortejos pasaban
No lejos de los no me olvidés.

Una canción, una canción en una boca húmeda,
Entre plantas grises. Algo las enciende y retuerce.
Algo las arranca de raíz de la boca.
Y llueve debajo de sus muertes.
¿Será la palabra profética, la palabra
Desterrada del reino?
Un mundo aparte, perdido en la frente.
Un altar no deseado. Un resplandor combatido.
Los olores que enturbian el sueño, las aguas
Que nunca dejan de pasar. Las luces del hoyo
En el jardín.

He ahí la boca creciente. Ella ha dicho:
Hay que temer. Y el temor canta en los huesos.
Dejad, pues, los huesos.
Dadlos al olvido.

Pero yo soy el olvido. La boca creciente es el olvido.
Estoy rodeado de piedras escritas.
Ellas hablan y yo hablo. Las piedras son la palabra.

La palabra con que me despido de los años.
Y ellos no se van.
Ellos se quedan afuera. Ellos esperan
Verme volver.

Día a día hay una sed
Dormida y despierta.
Un país a lo lejos. Allí crecen los que fueron mis
muertos.
Ellos recogen ahora mis palabras. O las dejan
Crecer a su lado. Crecer en sus huesos.
Pero eso es también el olvido.

Y el olvido está sentado junto a una puerta,
A la entrada de cualquier ciudad.
Su mano estirada brilla parecida a una cuerda.
Quizás debajo de un árbol.
Quizás es el hoyo del jardín.
Huésped solo, huésped oculto,
Oigo tus movimientos, tus pausas,
Tus actos retenidos.
Cavas llamas, huésped de la noche.
Cavas sobre palabras, huésped mío.
Cavas sobre gusanos sin ser oídos.
Cavas sobre huesos que salen de mi cuerpo.

Alguien te ve. Alguien te ve pasar a pesar de tus
dientes.

Es la luz de las llaves, huésped mío:

La Anciana de las llaves.

Ella camina paso a paso entre las cosas.

Joven, impenetrable, atenta a los ruidos.

Arbol de navidad, cargado de años.

Colina cargada de corderos.

Su edad no es edad, es un jardín.

Su mano profética pasa dormida en el aire.

Por ella, y no por ti,

Crece un hoyo en el jardín.

Por ella tus plantas grises

Se marchitarán.

Nada puede vivir sin sus ojos. Nada puede

Perecer.

Angel que cantas, no me esperes.

LA MANO EN EL MURO

Estás ahí. Te ciñes la frente con la estrella sola. Abre las puertas de piedra. Levanta la espada que ha de reconocerte.

La noche era la danza de los que regresan. Florecía el almendro nocturno y era un vaso el ruido del canto.

Entre arenas brillantes donde la joven de los sueños sin fin dormía con la cabeza reclinada en mi boca.

Más bella y más perdida que el pájaro en pleno sueño desde el árbol al mar. Más bella y más muerta que la mano ausente.

Oh, qué boca podría repetir el sonido de esa hoguera,
la vibración de ese hilo tendido sobre el abismo.

Y era tu boca flotando en el aire. En la aurora lenta
en disolverse a lo largo del cuerpo.

En posesión del himno a la entrada de la noche en
mi casa. Del fuego para las horas del sol en
los ojos.

Recluida en el vaivén de los frutos que maduran a
medianoche. Sola en la boca sin cantos.

Tal vez la lumbre del moribundo a la entrada del
reino. La fe de quien levanta grandes piedras del
hoyo de la noche.

¿Será la señal que derriba las tinieblas? ¿La campana
que llama a levantarse al caído?

Obscuras están las puertas que a mí te conducen.
El tiempo ha puesto a temblar arañas entre tú
y yo.

Y los parques marinos tejen el invierno con el hilo
del día abandonado.

Como si te viera descender las escalas llenas de via-
jeros dormidos que caminan en busca del trueno
para la sed.

Donde yo te reconozco llena de lo mío y de lo que se-
para la frente de tu boca.

Cerca del vino amado a llantos y que es la cólera de
una lámpara en mi puerta.

Junto a la mesa de rasgados manjares y bebidas pro-
picias para hallar lo perdido. Lo que habita de-
trás del reloj que te mira desde la noche.

Detente y canta. Aquí soy el leño del árbol abandona-
do a quien amó más que a nadie la tempestad.

Y a quien evocan en una playa donde sigue creciendo
la arena. Las miradas que la ayudan ascenden.

Si de pronto abres los ojos y el cielo es la fiera y su
cría en viaje a la montaña.

Donde yo diga mi canto. Donde tú oigas cruzar el
ruido de mi cuerpo que te busca.

O de mi frente que un día compartió el fuego de obs-
curo ramaje del infierno.

En un himno de quien regresa de noche a la ciudad
quemada por soldados.

Y contempla el lugar donde estaba el anillo de la
esposa. La corona del esposo. El hueco del hijo
no habido.

Ayúdame a levantar este reino. En medio de las lá-
grimas que azotan al mar ardiente.

Y reconstruído sea el muro para las vigiliass y para
las rosas de los mártires.

En un nuevo día. En un día siempre abierto. Junto
al árbol de las pesadumbres.

Como la heredad que tuve y que compartí contigo
entre los rayos promisoros.

Cuando entré al altar y su oro era tocado por tu ma-
no cortada para siempre.

Donde el coro abría sus olas bajo las naves de plata.
Junto a los santos ebrios por una eternidad so-
bresaltada.

Como los leones en la montaña a oscuras. Hablando
con los ojos abiertos.

Y tú temblabas junto a mi boca. Protegida por mi
espada de leños de higuera.

Allí canta todavía el sol de otros tiempos. Levanta los
brazos detrás de lo que perdí.

En una primavera de mucha edad. A la que yo canté
un día para ti en un jardín.

¿No debías ir de paso al través de mis palabras de
amor? ¿De las palabras que llenaban todos los
pozos?

En el ruido que hacía mi boca para librarte del sueño
del séptimo día.

En el jardín donde las lilas lloraban para la muerte.
Aun cuando la vida reinaba entre soldados.

Y que es este tiempo a la vez libre por las ciudades y
a la vez dormido en mi lecho.

Como si el agua caminara debajo de los peces que se
cansaron de cantar en el mar.

En el cántico que debe ser tuyo y mío a causa de los
soles que de su red se desprenden.

Como venía el alba a arrancarme las llaves del sueño.
Mientras mi cuerpo dormía dentro de ti. Allí
donde el amor es la espada en la herida varias
veces abierta.

¿Dónde habrá crecido el grito de tu amor del año
pasado?

Lo sabría reconocer por la higuera que pudre sus hi-
gos a la venida del invierno.

En la más honda hoguera que levantaron mis brazos
y los tuyos. En la noche que Eva no conocía.

Semejante a la boca del amor en los cantos de amor.

Circundada de ojos de fieras bajadas a las puertas de
mi ciudad. O al mar que te arranca de mi sueño.

Donde mi corazón te canta.
Para la muerte.

EL BAZAR DE LAS LILAS

Yo debía entrar al jardín
Que tienes a la orilla de las lágrimas.
Ya que en el fondo de tus ojos
Llueve sobre el sol todo el año.
¿Duermen las lilas junto a las palabras que caen
De los párpados sin luz a la garganta?

Espero que florezcan las rosas del reloj.
Y que estén vivas las lunas del año pasado.
Que tu cabellera recoja la pesca
En la boca del mar.
En las orillas de un mundo remoto donde duermes
Con los ojos fijos en mí.

Oh qué crueles los perros que mordían al Ángel
Sentado bajo el árbol de tu sueño.
Las horas tejían. Tejían imanes y guirnaldas

Y daban el seno a quien aun no nacía.
Cabellera en donde estás. Nube,
Sentada tú también.

Eso era lo que brillaba detrás de tus lágrimas.
Detrás de las rejas ardientes.
Tal vez el trono de un reino abandonado.
Salas solas de la arena húmeda.
Oh la mesa más llena de manjares
Que nadie comía.
El lecho abierto para el fuego y el viento. El ruido
de las lilas tocadas de pronto por una mano en
flor que no podía ser sino la mano que yo amo
detrás del invierno.
La mano que me despierta hora tras hora.
La barca que me dice adiós debajo del agua.

Y con tanto cuidado que debemos llevar
El nombre de los muertos.
Aunque sabemos que reciben la humedad
Y el sol en el viaje. Aunque sabemos
Que hay otros muertos que esperan.
Otras voces con más forma de corolas que de espinas.
Otros muertos más descoloridos que las lágrimas.
Y que un mar siempre ardiente
Les cambia las lámparas del año.
Ahí, en el jardín de tus ojos.

Y que yo veo
Debajo de los frutos
Del árbol de la muerte.

Y no sólo cuidar de las bocas vueltas hacia la tierra:
Hay que esperar que alguien rompa una nube
Si las lilas son una parte del mar.
Un resto perdido del mar. Escúchame.
O si el ruido que de ellas se desprende
Es lo que hay que oír para vivir.
O si la voz humana no es sino
La hoguera devorada.
¿No es la voz humana lo que buscas
Al través del hilo de oro de las lágrimas?

Tal vez el jardín o el mar se deleitan.
Jóvenes soles entre lilas y olas.
Entre lunas y alas. Abramos
Las copas de la noche.
Tendríamos que estar cerca de quien hace ruido.
De quien regresa con el sol en la boca.
De quien gustó el vino de las heridas
De los Apóstoles.
De quien retorna entre lo que tú eres y las lilas
Del jardín ardiente de la muerte.

Oh no eres todavía la mujer parecida a un pájaro
Que debe pararse en medio de un bosque gris que
no veo.

Ni eres la llave que cierra pero que no abre.
Ni eres la amapola que vierte su imán
En el corazón profundo de la tierra.
Pero estás muerta en una lágrima.

Todo un jardín detrás. Tal vez una viña
Con racimos de peces.
Un ruido de amor entre tú y yo.
¿Sabes si la memoria se deja visitar por la nieve?
Puedes oír nacer, cantar, morir. Puedes oír
Pasar las nubes que nacen de los párpados.
Nuestros perfumes devueltos por el mar.

Una lenta visita. Un amor.
Una ausencia resucitada. Ya ves.
Allí donde un pájaro sin voz
Brilla en las ramas.

CEREMONIAL DEL CONVIDADO

He tenido mi estatua, un hallazgo de sal para el olvido.
¿Mi mano levantó el mar? ¿Mi cabeza la sombra?
Anda y perece, me dije. Pero era el tiempo de la melancolía.

El mundo danzaba detrás de una leve ebriedad,
En un pavoroso ejercicio del corazón para verse pasar.

Oh, cuando el olvido viene entre ovejas.
Cuando cae la boca del pastor.
La vida canta hacia las afueras de la ciudad,
Hacia el polvo que sueña de espaldas a la noche.
Deja que respiren las piedras de los muertos, dice.
Deja que crezca el pavor de la tierra.

¿Por qué debe correr el polvo de un lado a otro
Sin despertar jamás lo que duerme? Apenas vestido,
Apenas con un color terrestre, casi cubierto de hierbas.

Tú lo sabes, esplendor del día.
Tú lo sabes y eres el puente por donde pasa
Con la cabeza ceñida de voces que desean caer.

Ven a mí, helada armonía del cuerpo flotante,
Del despiadado llamar en toda puerta detrás de la
noche.

De la máscara sedienta de la ebriedad del gusano o
De la lámpara que se estremece en el lecho del muerto.
Pero deja lo vivo y quemante. Deja las cálidas sábanas.
Los santos de madera, las flores, el agua que mira y se
deshace.

Deja cerradas las puertas, abierto el abismo.
Y suelto el loco sueño del perro que nos debe seguir,
Tal vez ni la Amiga que atraviesa los muros y se
sienta.

Ni el humo de plata del pan, ni la máscara del vino.
Ni siquiera el atardecer caído del nido de las campanas.
Nada, nada. ¿Comprendes? Nada sino el ruido de las
llaves

Con que alguien abre la tierra.

Tal vez una sombra en la cabeza desgarrada.
La mirada del hombre. La mirada que no encuentra
donde caer.

Uno mismo en lo hondo, a lo lejos. En el adiós a las
cosas.

En los tranquilos preparativos, en las palabras

Cuya agua sube desde la noria terrestre.
En el adiós, ¿comprendes? En la imagen que suelta
las cadenas.

Pero allí está el mundo familiar. Los viejos mendigos,
Los pastores, los carpinteros ebrios,
Los que sólo conversan sin escucharse.
Los que se pasan las manos por los ojos para despertar.
Los que llegan y parten. Los que se han construído un
lecho
En las puertas de los cementerios.
Los que tuvieron su vino en mi mesa y los que lo re-
chazaron.
Los que andan debajo de la noche con una estrella
ardiente.
Los que habitan las paredes de mi casa.
Esos que hacen que el agua se mueva de un lado a otro
sin caerse.
Los que encienden la lámpara. Y los que la apagan y
se deshacen.

Alguna vez, alguna sombría vez en que las cosas nos
observan.
Que son nuestro íntimo ruido. Que nos reciben
A cualquiera hora y desde cualquier abismo.
Alguna vez saber que ellas abren la luz y las aguas
Para que veamos pasar al viajero que saluda desde
lejos.

Sea eso y llámese dicha o pavor. Llámese cuerno o tempestad.

Llámese hora de gala. Llámese baile o partida.

Sea eso y dejemos todo. Dejemos los pies en la hierba.
(En la noche nada hay que pisar, la niebla cae en las norias.

El polvo se mira en las piedras. Las piedras encienden el agua).

Oh, y sea la imagen que hacemos en el mundo

Lo que nos siga para siempre.

Y ven a mí todavía, coche solo debajo de los nidos

Ven a mí, viajero del hacha en el hombro.

Los árboles de fuego saludan a la noche. Y la noche

Espera que cierre mis puertas.

¿Tendrá su voz la Anciana? ¿Su altar el dios solo?

EL AMOR MAGICO

¿Recuerdas a la Gorgona? Ha dicho:
«Babilonia. Sí, irás». Eso es todo. Y ha venido
Un largo crepúsculo. Y la Gorgona
Cantaba para ti y para mí.
Tal vez. Pero yo sé que nunca tuve un canto
Mejor que cuando soñabas.
Nunca tuve más ojos
Que cuando dormías.
Ni nunca vi más cerca el mar
Que entonces.
Y ella decía: «Irás». Y yo veía
La escala de Jacob.

No Beatriz resplandeciente, Beatriz llagada.
En un cielo sin círculos, en una puerta sin llave.
Yo te veía y entre coros puros te seguía.
Ninguna red más dura que estas manos
Para cortar tus rosas. Ninguna muerte más suave
Para buscar tu boca.

Pero yo era el viajero solo. Yo era
La humedad de tu invierno.
Yo guardaba tu joven sol en un cuarto
Solo de hotel, en la ciudad.
Yo tenía la música del mundo sobre la arena, allí.
Y cantaba: *Pero tú no te reconocías*
En lo que yo cantaba.
Y yo salía a las plazas, a los mercados, a los paseos
contigo. Tú con la noche. ¿Por qué con la noche?
Eso parecía, aunque tú eras el mundo en mí.

Oh que nos vean pasar. Que nos vean amarnos
Allí, entre los árboles y las visiones.
Que yo diga que te pareces a lo que eres.
Que yo diga que no haces ruido, pero que brillas.
Que yo diga que es oscura la corona que te ciñe,
Aunque se encienda.
Que yo diga que tu boca es una flor pegada al hueso,
Y que lo sea.
Que yo diga que alguien te ama por mí,
Y que no sea cierto.
Que yo diga que las miradas se te adelantan,
Y que lo parezca.
Que yo diga que eres la estrella de mi frente,
Y que alumbres.
Que yo diga que sujetas los pájaros en el aire,
Y que pierdan las alas.
Que yo diga que vas vestida del color del corazón,
Y que así sea.

Tu ser en mí, mi amor en ti.
El sol grabado en la cabellera de la begonia
De mi cuarto, en la ciudad.
Sola en tu estatua taciturna.
Sola por las ciudades de mi frente.
Sola debajo del árbol del ahorcado.
Amor en amor. La lámpara en ti, el rayo en mí.
Las palabras en un puente entre tu boca y la mía.
Todas las horas, una colina.
El tiempo total, una torre.
Nosotros, las campanas.

Y me voy.
Un sol de otra parte
Me tiende la mano.

Y si digo que parto, es que tu frente me retiene.
Y si digo que lloro, es que la noche es ardiente.
Y si pienso que voy a ser el viajero solo,
Es que la tierra se ha abierto.
Y si canto detrás de los meteoros,
Es que el cielo está cerca.
Y si te digo adiós, es que ando
Al compás de la muerte.

PIEDRA PARA QUE DUERMA LA NOCHE

Tú que acabas de llegar. Tú, mirada en lo obscuro,
¿Podrías reconocer el ruido de las puertas, la luz
Directa de lo que espera? ¿Podrías apartar la vida
De esta hora que ha entrado en la casa?

Otra vez se abre la penumbra conmovida. El golpe
Es un lenguaje de invierno. El hábito de hacerse seguir
Por el olvido. Por voces maduras en las ramas.
Por ecos que supieron morir. Imagen
En donde todo se detiene para que los ojos
Recuerden el viaje cotidiano. La alegría
De haber partido. La armoniosa soledad del hombre
Por una hora más breve que las olas.

Mundo de piedra. Mundo levantado
Cuando el sol cierra las puertas
Y el agua se recoge, cansada, a dormir.

Tal vez pases como el viajero
Que reconoce a la ciudad por las campanas.
A la hora en que las lámparas
Se miran morir en los espejos.

Sabes cómo deseamos secretos y sollozos. Un ruido
Basta para que el lecho se derrumbe
Junto al pozo de los sueños. Un ruido.
¿Hay algo parecido a la lámpara
Que llena la copa de la lengua?
Alguna vez alguien sale del mar. Alguna vez
Las olas tiemblan en el nido. Alguna vez la boca
Celebra sus propias palabras.

No todo es de los muertos. Siempre
Vuelve el lamparero. Lo que tiembla es bello.
Las manos crecen enlazadas. Allí está el jardín.
En aquel tiempo el sol era el árbol de mi puerta.
Alguna vez un convidado sin manos. Una persona
Sorprendida de ser. Un vagabundo
Con una rama de silbidos en la frente.
Un dios descorazonado detrás de los ángeles.
Un día de viaje. Un día perseguido
Por la varilla gris de las campanas.
El mundo que formamos con las horas.
Con las hachas ardientes de los sueños
Que van a venir.

¿Qué más eternidad que el lecho solo?

¿Qué más sol que la nostalgia profunda?

Así, pues, que nos miren los ojos del lobo del olvido.

La próxima primavera será para los muertos.

EL OJO DE ORO

¿Campanas? Quiero decir que he salido
Bajo la tempestad en flor.
El rayo del sol daba sobre la frente de la joven
Dormida con las manos fuera de la noche.
Tú sabes cómo crecen las campanas.
Y quien mira hace ruido.
Decir: la araña cantaba.
Ha echado la red en el césped.
Ve, hombre preocupado de las cosas que te disgustan.
Todo está hecho para cambiarse los ojos. Como los
dientes.
Conserva el hoyo de lo que has visto.
Que no serás.
Hay una primavera que le pone guirnaldas al invierno.
Tú dices: arde como un leño.
Los ángeles saben que arder es perder el cielo.
Les pesa el fuego de las alas.
Tú vas endurecido por un rayo que no ves.
Y llevas la corona del rey.

Curioso en este tiempo.
Acuérdate de mí.
Yo soy quien recoge la tempestad
Y la guarda hasta el otro día.
Tú no serás.
Ni este año, ni el año que viene.
Morir es hablar sin ser escuchado.

PUERTA PARA NO PASAR

Un día que habían venido los relámpagos. Un día que el amor salía de ti en una lámpara.

Todo iba de un lado a otro. Los árboles habían entrado en la casa a dormir.

Mañana habrá un ojo en mi mano derecha. En mi izquierda, dirán, una lágrima.

Y diré: no eres sino lo que veré cuando despierte. Oh, cómo se desencadenan las cosas.

¿Recuerdas? Si llovía, era que tú regabas la higuera para la danza del tiempo.

Si había sol, era que sonaban las campanas del alba por la muerte de Rimbaud.

Si estaba nublado, era que pasaba Gerardo de Nerval junto al Angel de la Melancolía.

Si todo era blanco, era que Mallarmé escribía arrodillado sobre el césped.

Si caía la nieve, era que Edgar Poe se paseaba de noche por las calles de Baltimore.

Si todo estaba lleno de perfumes, era que Baudelaire destapaba el frasco de las flores del mal.

Si el viento estremecía el jardín, era que William Blake estaba espiado por los ángeles.

Si el olor a azufre venía del jardín, era que Lucifer llegaba de visita a la casa de Swedenborg.

Si las charcas se movían, era que Lautréamont las alumbraba con su lámpara.

Si cantaban los coros de la noche, era que Novalis soñaba en su noche sin sueño.

Si todo era silencio, era que Hölderlin hablaba con el zapatero en la bohardilla.

Si los gendarmes dispersaban a la multitud en la plaza, era que Shakespeare llegaba a la ciudad.

Si el trueno pasaba por detrás de las torres, era que Edouard Young mostraba su libro al Eterno.

Si la luna se enredaba en las lilas, era Leopardi que abría una puerta.

Si pasaba una mujer, era que Dante guardaba una corona en el séptimo cuarto de los ángeles.

Si el ciego tocaba la ocarina en la Catedral, era Milton cortando una flor en el Paraíso.

Si los cisnes morían al borde de la fuente, era Rubén Darío en busca de la cítara.

Si hacían ruido los telares, era Verhaeren de vuelta del paseo por los suburbios.

Si había un desfile de banderas enlazadas, era Walt Whitman en una calle de Brooklyn.

Y si la noche caía de pronto junto a tu sueño, ¿recuerdas? era que la muerte cantaba afuera en el árbol de mañana.

(Rosamel apa saba las lámparas...)

INDICE

	Págs.
Dedicatoria.....	9
Entrada del reino.....	13
La copa terrestre.....	15
Verónica.....	21
Del libro de los sueños.....	29
Muerte de un hombre llamado Narciso.....	33
Amor público.....	39
La fiesta del mago.....	43
El séptimo día.....	49
Festival de los bellos sueños.....	53
Retorno al olvido.....	57
La mano en el muro.....	61
El bazar de las lilas.....	69
Ceremonial del convidado.....	73
El amor mágico.....	77
Piedra para que duerma la noche.....	81
El ojo de oro.....	85
Puerta para no pasar.....	87

Se terminó de imprimir este libro
a los 24 días del mes de diciem-
bre de 1949 en los talleres
gráficos de la Editorial
Nascimento, San An-
tonio 240, en
Santiago de
Chile.